

# LA SONRISA DE OLIVINA

Armando Vilorio

Durante los veinte primeros días de Enero de 1952, nevó y nevó hasta el hastío en Santa María de Labrano. Una gruesa capa de nieve cubrió las calles del pueblo, el valle donde se asienta y los montes que lo rodean. Los aldeanos quedaron incomunicados ni siquiera pudieron ir a trabajar a la mina a pesar de estar tan cerca.

Tal fue el rigor que para poder transitar por las calles: ir a las cuadras, a los pajares, a la fuente, al riachuelo... tuvieron que espalar la nieve.

La mayoría de ellos mataban el tiempo charlando en la fragua, en la zapatería o en la cantina. A casa sólo iban a lo inevitable. A comer, a atender el ganado, a dormir...

Habían llegado ya al punto de no tener de qué hablar y salvo mirar como trabajaba el herrero o el zapatero o jugar a las cartas, lo demás se había convertido ya en un puro aburrimiento.

El fuerte vendaval que se desató en la Sierra, la tarde del primer domingo de Febrero, arrastró los negros nubarrones que nos cubrían más allá de las cumbres y el sol volvió a iluminar el valle.

Un haz de sus deslumbrantes rayos penetró por la ventana de la cantina, aclaró la penumbra que ya se había hecho habitual e iluminó; con una luz espectral la cara de Olivina, que sentada al lado de la estufa, parecía dormir, aunque en realidad su mente vagando por desconocidos caminos, tejía fantasías. La aureola rojiza, reflejo de la chapa, que la envolvía desapareció. Dió un respingo, se puso en pie, levantó los brazos al techo; su larga melena negra se abrió como si se tratase de un abanico, y sorprendiéndonos y asustándonos a todos gritó:

-¡"Las alimañas los matarán!"

Sus hermosos ojos verdes; desorbitados, brillando como ascuas os había visto brillar y su hermosa cara ensombrecida por una inusitada expresión de angustia, acentuaron el grito.

Durante unos segundos; que se me hicieron eternos, permaneció paralizada con la vista perdida en el infinito, llorando. Luego volvió a sentarse en el extremo del escañil junto a la estufa inclinó la cabeza sobre el pecho y de nuevo se quedó ensimismada.

Aquel día era su cumpleaños y llevaba puesto el vestido blanco de las fiestas sobre el que resaltaba su brillante y larga melena negra.

Olivina a veces emergía del fondo de las sombras que tupían su mente y decía o gritaba, alguna frase que nos dejaba extrañados, pensativos, cuando no como aquel día con el ánimo sobrecogido.

-¡Hay tufo!- exclamó en cierta ocasión.

-Pero hija si el tiro está abierto. Además yo no huelo nada- le contestó su padre perplejo.

-¡Hay tufo!- repitió ella.

Y enseguida con tono grave, a punto de llorar, dirigiéndose a su hermano añadió:

-¡Mañana no vayas a la mina!

El: pálido, sorprendido y azorado apenas pudo balbucir:

-Es necesario que achique el agua... si no lo hago... los demás no podrán entrar al tajo...

No le hizo caso y al día siguiente, después de comer, vigilando las bombas, adormilado en la profunda y aburrida soledad del pozo, aturdido por el tufo que desprendía la estufa, cayó a la balsa del agua y se ahogó.



Otra vez dijo que olía a pólvora y que la mina nos revolvería las tripas. Días después un compañero, en una galería abandonada, hizo explotar en su pecho un cartucho de dinamita.

En otra ocasión, creo que fue por Navidad gritó:

-¡Paaa... lobos!

Entonces caímos en la cuenta de que el cantinero había ido con el caballo a por mercancías al economato y ya tardaba en llegar. Sus hijos salieron corriendo a buscarlo y lo encontraron muy cerca del pueblo atemorizado, tembloroso. Hablaba con el tío Juvenal. Los lobos que le atacaban al oírlos habían huido.

Intentando en vano comprender lo que quiso decir con "esas alimañas los matarán", recuerdo que acunado por el runrún de las conversaciones y el calorillo de la estufa, con la cabeza recostada en los brazos, me quedé dormido sobre la mesa.



FEDEROPTICOS  
GARCIA

OPTICO - OPTOMETRISTA  
LENTES DE CONTACTO

*Verás que bien!*

Dr. Fléming, 5 - Tel. 987 51 05 14  
24300 BEMBIBRE



Al cabo de un rato, el desagradable chirriar de los pernios de la puerta, me despertó.

Dos mineros de "Traslasierra", los únicos que no pudieron ir a su pueblo por la "invernía", entraron en la cantina.

En aquel tiempo muchos jóvenes de los pueblos del otro lado de la Sierra venían a esta zona a trabajar en las minas. Para ello cruzaban los montes desafiando, en muchas ocasiones, la lluvia, el frío, la nieve y casi siempre al viento; fenómenos que allá arriba arrecian con más vehemencia. Y aunque conocían aquellos andurriales como la palma de la mano, no dejaba de ser peligroso recorrerlos, pues los senderos, mejor dicho los caminos de cabras, serpenteando por vericuetos y fragosidades, subían o bajaban, bordeando a veces peligrosas barranqueras.

Si el invierno era demasiado duro, se quedaban hasta que pasara la crudeza y si no, los sábados regresaban a sus pueblos hasta el lunes. En el verano iban y venían todos los días, pues debían echar una mano a sus familias en las tareas agrícolas. Desde el pueblo más cercano solían tardar tres horas, más o menos.

Resti, el primero en entrar, después de saludar a todos con aquella simpatía que le caracterizaba, se acercó a Olivina, le dijo algo al oído y mientras ante sus

ojos hacía oscilar en el extremo de la cadena, su brillante reloj de plata, la miraba embelesado. Luego le puso en la mano una sortija con una bolita blanca. Ella se la puso mirándolo a través de las lágrimas que inundaban sus ojos absorpta, fascinada, como hipnotizada.

Ya en otras ocasiones le había hecho regalos: un cristal de cuarzo, un collar de majuelos, una pizarra con helechos petrificados en sus caras...

Y yo por Reyes, le regalé un espejito en el que se miraba y remiraba. Y a veces también me quedaba observándola. Esperaba que algún día levantara la cabeza y me sonriese. Su sonrisa tenía que ser maravillosa.

Resti, mozo zalamero y juerguista, que con su alegría tenía cautivado a todo el mundo, había sustituido en los corazones, tanto del cantinero como de su mujer, al hijo que les hurtara la mina. Y creo que Olivina en el suyo, le había erigido un altar en el que a diario renovaba las flores de un sentimiento aunque silencioso profundo.

Con la mejoría del tiempo, pudimos volver al trabajo y la vida recobró su ritmo normal.

Lo que más aborrecía de la mina, era su angustiada soledad. A menudo trabajaba sólo y a veces por no bajar de la chimenea o del coladero me pasaba toda la jornada allá arriba, devanando pensamientos, enfrentado a los propios fantasmas. La tenue luz del candil era el único puente que me unía con la vida. Y cuando adrede permanecía a oscuras sumergido en el sofocante olor a pólvora, que pica en la nariz y la garganta, en el lóbrego, húmedo, caliente y viscoso, como aliento de lobo, ambiente, que entumece las piernas, llegaba un momento en el que me sentía enterrado vivo. Entonces, al borde del miedo, huía aunque sólo fuera con la imaginación al exterior, a encontrarme con la luz, el ruido, la gente...

Intentando olvidar la maldición que

me ataba a tan negro destino, a tan duro bregar, en ocasiones, para darme ánimos me repetía lo que tantas veces me dijo mi padre:

"¡Espabila minero! ¡Al tajo minero! ¡Has de ganar el pan con el sudor de tu frente! Con ese sudor que día tras día va tiñendo de negro las pocas ilusiones que te quedan. Y no olvides que la mina es zorra y traicionera; así que no te confíes y ándate con tiento pues ya se la ha jugado a otros y también te la puede jugar a ti y ten la seguridad además, pero resígnate, que si no te alcanza hoy te estará esperando agazapada en tus pulmones el día de mañana. Ese pitido que surge ya de lo más profundo de tu pecho te lo anuncia".

El sábado siguiente la guadaña de la dama negra rozó el cuello de Resti. Un costero en forma de cuña, desprendido del techo del coladero en el que trabajaba, le aprisionó contra la pared y aunque logró sujetarlo con las rodillas y el brazo libre, intuyó que no podría aguantarlo por mucho tiempo y que acabaría asfixiándole.

Quiso gritar pero la opresión de la piedra se lo impedía. Casi paralizado por la desesperación que la impotencia y el terror que ya empezaba a sentir, le producían, se imaginó a sí mismo en un ataúd. En ese momento, sin quererlo en su mente apareció Olivina que anegada en lágrimas acariciando la sortija mientras miraba el reloj extasiada. Y ¡se le ocurrió la idea! Arrancó la cadena de la trabilla y sacándolo a duras penas del bolsillo lo dejó caer, con la esperanza de que allá abajo, en la galería su ayudante o alguien lo viese.

Poco después llegó, trepando por las puntalas, el plantilla y le ayudó a librarse de la piedra.

A la una, después de haber cobrado, olvidado el percance, eufóricos por el dinero que calentaba nuestros bolsillos y el fin de semana que nos aguardaba, regresamos al pueblo.



TANATORIO  
**LA ENCINA**

**FUNERARIAS REUNIDAS  
DEL BIERZO**

**EL CARMEN, BIERZO Y DELMIRO VEGA**

Avda. de Astorga s/n • 24400 PONFERRADA (León)  
Telfs.: PONFERRADA 987 424 230 - Fax 987 402 019  
BEMBIBRE 987 510 123



Por el camino Resti y su compañero, como el Sol lucía esplendorosamente y parecía que la bonanza iba a durar, decidieron ir al "otro lado", pasar la sierra, a ver a sus familias. Tras asearse y comer algo emprendieron el camino. No habrían llegado a la "cimada" aun, cuando el cielo se oscureció otra vez y empezó a nevar.

Después de cenar fui a la cantina. Me resultó extraño no ver a Olivina sentada en su sitio, como de costumbre.

Apoiado en el mostrador saboreaba el café cuando de repente, un desgarrador grito proveniente del piso de arriba:

-¡¡Restiiii!!- nos dejó paralizados. Antes de reaccionar, un gélido estremecimiento recorrió mi cuerpo durante unos segundos. En seguida a toda prisa, a trompicones, como pudimos, subimos la escalera.

Olivina, en su cuarto, entre ayes y aspavientos, desquiciada se golpeaba la cabeza contra la pared.

Su madre, paralizada por la angustia, sin saber que hacer, atemorizada, la miraba desde un rincón.

A duras penas pudimos sujetarla y lograr que se calmara.

Desde aquella noche no volvió a bajar a la cantina. No la volví a ver más.

El miércoles, los mineros del "otro lado" pudieron por fin venir a trabajar, quedándose muy extrañados al no ver ni a Resti ni a su compañero. Cuando preguntaron por ellos también nosotros quedamos muy sorprendidos. No estaban ni allí ni aquí ¡Habían desaparecido!

Tras las explicaciones llegamos a la conclusión de que algo grave les tenía que haber ocurrido por el camino.

Dimos parte a la Guardia Civil y se procedió a rastrear la Sierra. En la búsqueda; que duró dos meses y pico, intervinieron varios números de la Benemérita y unos cuantos familiares y amigos. Recorrimos toda la zona, incluidos "la Cuevota" y los lugares más escarpados y abruptos en vano. No hallamos

ni rastro de ellos.

En ese lapso de tiempo y para colmo, otro penoso suceso vino a conmocionar la vida del pueblo. A mediados de Abril, murió Olivina. Según dijo el médico, de inanición y melancolía.

Desde aquella noche de mal recuerdo en que gritó el nombre de Resti se había negado a comer. Había pasado el tiempo sentada en su habitación, meciéndose a si misma, con la vista perdida, llorando y acariciando continuamente la sortija.

Días después, alguien trajo la noticia de que un pastor del otro lado siguiendo una extraña luz había encontrado, en una hondonada cerca de "la Cuevona", los cuerpos de los dos desaparecidos. Las alimañas los habían devorado casi por completo.

El pastor aseguró una y otra vez que los descubrió porque, sobre el sitio en el que estaban, había visto; suspendida en el aire y aureolada por un nimbo rojizo de luz espectral, a una hermosa mujer vestida de blanco. Contó que le había llamado la atención su extraordinaria melena negra y que cuando azuzado por la curiosidad, decidió acercarse; no sin tremor, hasta el lugar, y que según se iba acercando, la visión se esfumaba hasta que desapareció del todo.

Por el estado de los cuerpos fue imposible deducir las causas de sus muertes.

Algunos, aceptaron el dictamen del juez: "Les sorprendió una tormenta de nieve y murieron por agotamiento físico y congelación"

Otros opinaron que esto era solamente una conjetura y que sin duda, fueron atacados por los lobos, pues al tratarse de dos mozos jóvenes y fuertes y además conocedores de la Sierra, era imposible que la nieve o el frío hubieran acabado con ellos.

Aunque esto último sí me pareció lógico, no creí probable lo de los lobos

pues estos, si se desató un fuerte temporal se habrían guarecido en sus cubiles.

Opiné y así lo manifesté entonces, que Resti y su compañero al darse cuenta de que "cerciaba" cada vez con más fuerza y que la oscuridad apenas les permitía ver ya, decidieron refugiarse en "la Cuevona" y esperar a cubierto hasta el día siguiente.

Pero... ¿Con quién se encontraron en ella? Sin duda, y es mi opinión, con personas que para robarles o simplemente por haber-los descubierto los habían matado.

Durante la búsqueda, pasamos varias veces por el lugar en el que aparecieron los cuerpos, sin verlos. Supuse por ello que los asesinos debieron tenerlos ocultos en alguno de los muchos recovecos que tiene la cueva y cuando abandonamos la búsqueda, cuando dejó de haber gente por allá arriba, los sacaron y los arrojaron a aquella escabrosa hondonada.

Dos preguntas quedaron sin respuesta:

¿Por qué los cadáveres estaban prácticamente desnudos? ¿Acaso los lobos se comieron también las botas, los abrigos y los sobres con el dinero de la paga?

Le di mil vueltas a la cabeza hasta que una sospecha, cada vez más arraigada, ocupó mi cabeza.

Haría un año y pico, a dos no llegaba; recuerdo que era la víspera de la fiesta de invierno y que estábamos ¡cómo no en la cantina! serían las once de la noche más o menos, cuando de repente se abrió la puerta violentamente y entraron siete hombres, abrigados, algunos con tabardos, otros con capotes y todos cubiertos con pasamontañas y gorros llenos de nieve. Empuñaban fusiles, algunos eran ametralladores con los que nos encañonaron. El primero gritó:

-¡Qué nadie se mueva!

**LA PARADA CAFETERÍA**

**Su Cafetería en el lugar más transitado de Bemibre**

**Tfn. 987 512 768**  
**C/ Veremundo Núñez. 9**  
**24300 Bemibre**

A continuación entró una mujer que por su aspecto parecía estar embarazada y detrás de ella, como protegiéndola un individuo el que, ya fuera por sus largas barbas o por su gesto adusto, me causó una extraña y desagradable sensación.

Pidieron, mejor dicho exigieron, comida y bebida. Mientras comían, por cierto con ansia permanecimos mirándolos en silencio. Cuando se hartaron, metieron las sobras en los morrales y tras tomar café con orujo, se fueron.

Al día siguiente, serían las nueve aproximadamente, llegaron al pueblo, una treintena de regulares, al mando de un capitán y un sargento. Iban tras ellos, pues se trataba de los "huidos" que hacía varios días habían atacado al pagador de una mina. En el asalto habían matado a uno de los guardias de la escolta y herido a varios más.

No los sorprendieron de milagro. Se habían quedado a pasar la noche en la escuela, que está en lo más alto del pueblo y habían apostado centinelas en un lugar desde el que se veía el camino de entrada al pueblo. Al verlos venir, huyeron por el robledal, camino de la Sierra.

Cuando los soldados se dieron cuenta y salieron en su persecución ya les sacaban un buen trecho.

Escaparon todos menos la mujer y el mal encarado aquel, pues según se comprobó después, estos pasaron la noche en un pajar cercano y se conoce que no les dió tiempo a escapar y ocultos entre la hierba esperaron a que marcharan los regulares. El caso es que al mediodía se fueron también camino de la Sierra.

Tiempo después, algunos mineros afirmaron haber visto cerca de "la Cuevona" a un hombre con largas barbas y a una mujer desgreñada que llevaba una criatura a la espalda. Y hubo personas que aseguraron haber oído en sus casas, por las noches, mezclado con el ulular del viento, un lúgubre y lastimero berrear parecido al llanto desconsolado

de un niño.

Estos rumores unidos a la gran cantidad de robos en huertas, casas, comercios y corrales que fueron realizados según testigos, por un hombre y una mujer "de mala catadura"; se rumoreó que incluso habían desaparecido personas, aunque esto nunca fue verificado, parecía indicar que alguien merodeaba por la zona.

A causa de este rumor y durante mucho tiempo las mujeres amedrentaron a los niños con la leyenda del "sacauntos" y los mineros cruzaban la sierra... ¡todos juntos!

Sospeché y aún lo sospecho que por alguna circunstancia; quizás la mujer se vio en la imperiosa necesidad de dar a luz) y no tuvieron más remedio que buscar refugio y encontraron "la Cuevona" y en ella, por el mero hecho de haberlos descubierto o para robarles los mataron.

A la vez que se desvanecen estos recuerdos, me embarga una sensación placentera, la hoguera que ardía en mi pecho, que me sofocaba días atrás, se ha apagado y me parece que algo se está desgajando de mí.

Tengo la impresión confusa de que me estoy elevando pues desde una altura imprecisa me parece ver mi cuerpo sentado en la cama, con la espalda apoyada en los barrotes del cabecero, aspirando con gran esfuerzo con ansiedad, desesperadamente el oxígeno de la mascarilla, mientras intenta escribir en un cuaderno.

De repente me parece ir "caminando" por una larga y oscura galería; aunque mejor sería decir flotando, pues no siento el chapotear de mis pies en los charcos de agua de la vía ni el sonido metálico del recatón de la cacha contra los raíles.

Una luz intensísima, como la que sólo una gran cantidad de candelillos encendidos a la vez puede producir, brilla al fondo de ella. Me siento confundi-



do. En ese momento el miedo se apodera de mí. Es un miedo distinto al que en alguna ocasión, a oscuras sintiera en la mina. Me detengo y enseguida lentamente retrocedo.

Al instante vuelvo a ver mi cuerpo. Jadea. Con una mano sujeta la mascarilla intentando angustiosamente respirar. De lo más profundo de su garganta surgen agudos pitidos. Y con la otra, a duras penas escribe.

Siento su desesperación y dudo un segundo. Estoy desconcertado. Pienso que al fin y al cabo no podía ser más terrible la galería en la que acababa de estar que aquellas en las que transcurrió mi vida de trabajo y decido volver.

¡Tanto despotricar de la mina y ahora me atrae!

Allá al fondo siguen luciendo miles de lámparas. Percibo siluetas de personas. Según me acerco a ellas se van haciendo más y más nítidas. Asombrado reconozco a mis padres, a mis abuelos, a parientes, amigos y compañeros, muertos hace tiempo ya.

En la zona de penumbra me detengo, pero entonces descollando sobre todos ellos, veo a una hermosa mujer de larga melena negra que me sonrío.

¡Es Olivina!

Su maravillosa sonrisa, me atrae con tal fuerza que sin dudarlo más doy el paso definiti...

Armando Viloria Calvo

Bar  
Los Cazadores

Avda. del Bierzo, 5 • 24300 BEMBIBRE (León)

Teléfono 987 51 13 32



ASESORIA LABORAL  
DE LA MATA

GERARDO DE LA MATA ESTEBAN  
GRUADO SOCIAL

Tfno. y Fax: 987 51 11 08

Apartado 44

e-mail: ases9884@inicia.es

AVDA. VILLAFRANCA, 20 BEMBIBRE